

Lo político y lo social. Aportes desde la sociología de Pierre Bourdieu para sortear algunos problemas del posfundacionalismo

The Political and the Social. Contributions from Pierre Bourdieu's Sociology to Overcome some Problems in Post-Foundationalism

Lucio Lanis*

Fecha de Recepción: 21/02/2026

Fecha de Aceptación: 29/05/2026

Resumen: *El pensamiento posfundacional parecería estar en crisis. Ese es el escenario en el que nos encontramos hoy. De ahí que este trabajo se proponga considerar seriamente algunos de los problemas imputados a este paradigma, sistematizándolos, para luego buscar posibles salidas a ellos. Es en ese sentido que se indagará en el pensamiento de Pierre Bourdieu con la expectativa de encontrar allí elementos que permitan pensar de otro modo la relación entre lo político y lo social, de un modo que sortee las complicaciones que emergen al mirarla desde un enfoque posfundacional. La esperanza que anima a este proyecto es que la teoría social —la de Bourdieu, más precisamente— tenga algo para aportar a la teoría política. Y la amenaza que en todo momento se intentará conjurar es que una propuesta como la que aquí se ensaya recaiga en un terreno que, polémicamente, cabría denominar pre-posfundacional; lo que significa entre otras cosas —tal vez principalmente— positivista. El peligro al que se hace referencia no es otro que este: desustancializar lo político solo para esencializar inmediatamente a lo social en su lugar.*

Palabras claves: *Posfundacionalismo - lo político - lo social - problemas - Pierre Bourdieu*

Abstract: *Post-foundational thought appears to be in crisis. That is the scenario we find ourselves in today. Hence, this work aims to seriously consider some of the problems attributed to post-foundationalism, systematizing them, and then seeking possible solutions to them. It is in this sense that Pierre Bourdieu's thinking will be explored, with the expectation of*

* Licenciado en Sociología por la Universidad de Buenos Aires (UBA). Su línea de investigación se centra en el abordaje de los vínculos entre la teoría social y la teoría política en el marco de los debates suscitados en torno del denominado pos-fundacionalismo. ORCID: 0009-0009-7927-9713. Correo electrónico: 2001lucio@gmail.com

finding in it elements that allow us to think in a different way about the relationship between the political and the social, in a way that avoids the complications that arise when looking at it from a post-foundational approach. The hope that fuels this project is that social theory — Bourdieu's, more precisely— has something to contribute to political theory. And the threat that will be constantly sought to be averted is that a proposal such as the one attempted here should fall into a terrain that, controversially, could be called pre-post-foundational; which means, among other things —perhaps mainly— positivist. The danger referred to is none other than this: to de-substantialize the political only to immediately essentialize the social in its place.

Keywords: *Post-Foundationalism - The Political - The Social - Problems - Pierre Bourdieu*

Introducción

“Que en la última instancia ninguna objetividad pueda ser reconducida a un fundamento absoluto es algo verdadero, pero algo de lo que no puede sacarse ninguna conclusión importante, ya que los agentes sociales no actúan nunca en esa última instancia” (Laclau, 2000, p. 44).¹

Desde los años sesenta, un *corpus* de textos que luego se dio a llamar pensamiento posfundacional instaló, continuando un movimiento heideggeriano, la distinción entre la política y lo político (Marchart, 2009). Con esa herramienta teórica, el posfundacionalismo volvió la mirada sobre la filosofía política que lo precedió: la clásica, la liberal, la marxista. Enseguida, diagnosticó en esas corrientes tan diferentes un problema común que en cierta medida las hacía partícipes de una misma tradición. El hallazgo podría formularse de la siguiente manera: el pensamiento político occidental —sostiene el posfundacionalismo— descuidó el potencial ontogenético específicamente político, soslayando así la excepcionalidad del acto político de institución-destitución (de la comunidad, de sus diferentes ámbitos, de los sujetos que viven en y a través de ella). Esto porque no fue capaz de ver la contingencia radical que acecha a todas las cosas desde su origen. Contingencia que las constituye, que las hace

¹ Cursivas en el original.

existir; contingencia que a la vez las corrompe desde el principio, que las abre de forma permanente e irremediable al cambio.

Esta operación enormemente productiva del posfundacionalismo —y varias de sus consecuencias— han recibido desde entonces diversas críticas, al punto que algunos se atrevieron a anunciar el agotamiento definitivo de aquel singular impulso. En pocas palabras, el nuevo paradigma habría privilegiado el momento instituyente o de interrupción en la práctica política, olvidando, por un lado, los condicionantes sociales, económicos y, especialmente, históricos de esa praxis y olvidando, por otro lado, lo que hay de político en la administración, esto es, en la reproducción del orden.

El pensamiento posfundacional parecería estar en crisis. Ese es el escenario en el que nos encontramos hoy. De ahí que este trabajo se proponga considerar seriamente algunos de los problemas imputados a este paradigma, sistematizándolos, para luego buscar posibles salidas a ellos. Es en ese sentido que se indagará en el pensamiento de Pierre Bourdieu con la expectativa de encontrar allí elementos que permitan pensar de otro modo la relación entre lo político y lo social, de un modo que sortee las complicaciones que emergen al mirarla desde un enfoque posfundacional. La esperanza que anima a este proyecto es que la teoría social —la de Bourdieu, más precisamente— tenga algo para aportar a la teoría política. Y la amenaza que en todo momento se intentará conjurar es que una propuesta como la que aquí se ensaya recaiga en un terreno que, polémicamente, cabría denominar pre-posfundacional; lo que significa entre otras cosas —tal vez principalmente— positivista. El peligro al que se hace referencia no es otro que este: desustanciar lo político solo para esencializar inmediatamente a lo social en su lugar.

Con eso en mente, no se tendrán en cuenta aquí todas las críticas dirigidas al posfundacionalismo desde su aparición —que son muchas—, sino solamente algunas entre esas que, aún en su cuestionamiento, buscan conservar la potencia de aquel primer movimiento. Más específicamente, lo que estas críticas intentan preservar, lo que se abstienen de impugnar, es lo que podría considerarse como la operación esencial del pensamiento posfundacional. Operación que consiste en objetar la existencia de un fundamento último de la comunidad. Objetar, entonces, la existencia de un principio

trascendente, eterno e inmune a revisión que instituye la comunidad desde afuera, de una vez y para siempre. El postulado que se lee en la contracara de esa negación dice más o menos esto: es la propia comunidad quien se da a sí misma su sostén y es ella también quien debe asumir la tarea de modificarlo cuando crea oportuno. No se trata, por lo tanto, de desmentir la existencia de los fundamentos que sirven de apoyo a lo social, sino de poner en evidencia su carácter contingente, de remarcar la historicidad y la incertidumbre que inevitablemente los atraviesa. Poner sobre la mesa, en fin, que esa apertura originaria, aun cuando hace imposible la constitución de una sociedad en plena presencia consigo misma, es, al mismo tiempo, condición necesaria de toda sociedad posible.

Las críticas que aquí se tendrán en cuenta no renuncian a reconocer esto. Y, aún más, podría decirse que, en cierto sentido, buscan profundizar el movimiento inicial del posfundacionalismo, cuestionando precisamente esos aspectos de la teoría posfundacional que lo traicionan en alguna medida. Aspectos que —volveremos a ello— tienden a oscurecer parte del trabajo inmanente de producción de los fundamentos comunitarios y pueden llegar incluso a soslayar el mismo carácter inmanente de ese trabajo. Parecería, entonces, que los textos que suelen identificarse como posfundacionales están habitados por algunas contradicciones. Característica común, por lo demás, a todos los textos de todas las corrientes teóricas. Esta afirmación parece trivial, pero tiene un gran valor metodológico y conviene explorar brevemente algunas de sus consecuencias. Hasta aquí hemos hablado del posfundacionalismo en general, como si se tratara de un objeto unitario, cuando en realidad se trata de un conjunto de textos heterogéneos que presentan ellos mismos tensiones en su interior. Lo que no implica que hablar de un paradigma relativamente integrado, más o menos reconocible en sus contornos, sea inviable. Antes bien, significa que, para que esa multiplicidad de textos constituya un *corpus*, hace falta instituir un principio capaz de reunirlos (aunque sea solo de forma precaria). Es lo que intentamos al referir a esa operación esencial del posfundacionalismo, que ahora podemos llamar paradigmática.

Pero, a la vez, lo que interesa subrayar es que hay otras lecturas posibles: puede organizarse a los mismos textos en torno a un principio diferente; también puede

excluirse a algunos de ellos cuando el nuevo principio ya no los convoca. Lo mismo ocurre con la economía interna de cada texto, que siempre es una composición de sentidos diversos y en alguna medida discordantes. Por eso, cuando en lo sucesivo hagamos referencia a ciertos problemas de la teoría política posfundacional, estaremos efectuando una generalización que necesariamente impide dar cuenta de todos los matices que cada texto aloja. La apuesta, sin embargo, de una lectura como la que aquí se ensaya es que ese empobrecimiento sea compensado por una mayor fuerza interpretativa. También las críticas con las que trabajaremos recurren a un “escamoteo” como este: se ocupan solo de ciertos autores, citan solo algunos textos y, a pesar de ello, pretenden hablar del posfundacionalismo en su conjunto, y lo consiguen.

Si nos detenemos en esta cuestión, es porque creemos que hay elementos en algunos de los textos que constituyen el *corpus* posfundacional que permiten, al menos, vislumbrar caminos por los cuales superar ciertas limitaciones que suelen asociarse al paradigma general². Quisiéramos, en lo que sigue, tratar de recorrer uno de esos caminos con la ayuda de Pierre Bourdieu o, más precisamente, orientándonos a partir de algunas coordenadas que pueden leerse en la sociología bourdieusiana. No se buscará reponer el pensamiento de Bourdieu en su coherencia, ni tampoco reconstruir cierta teoría política más o menos presente en la obra del autor. Antes bien, la propuesta es reclutar algunas reflexiones plasmadas en diferentes escritos de Bourdieu para avanzar hacia un modo de comprender la política que evite tropezar con los obstáculos que acosan al posfundacionalismo, pero que no olvide las lecciones más importantes legadas por ese movimiento. Es evidente que esto no agota todo el potencial de la teoría bourdieusiana para pensar lo político, ni pretende hacerlo. El proyecto por delante es mucho más modesto: elaborar, a partir de los desarrollos de Bourdieu, algunos apuntes que contribuyan a sortear ciertas complicaciones propias del enfoque posfundacional.

Algunas críticas al posfundacionalismo

² Pensamos, por citar nada más que un ejemplo, en el tratamiento que Laclau (2000) hace del concepto de sedimentación. Aunque esta cuestión merecería un desarrollo mucho más extenso, que no cabe en estas páginas.

Antes de llegar a eso, no obstante, es necesario definir claramente los tan mentados problemas del posfundacionalismo. Y para eso acudiremos a dos autores: Esteban Domínguez y Javier Franzé. Optamos por ellos porque sus trabajos condensan con gran habilidad varias críticas preexistentes y, por lo tanto, multiplican su potencia. Aunque, al mismo tiempo, —lo adelantamos— la elección se basa en que estos autores no solo se abstienen de cuestionar lo que denominamos la operación paradigmática del posfundacionalismo, sino que además evitan la tentación de reintroducir una concepción tradicional (positivista) de la política³. Concepción que puede adoptar diversas formas, pero que, a grandes rasgos, se caracteriza por el privilegio interpretativo que concede al momento del orden, al tiempo normal de la administración, en detrimento de la praxis política de institución e interrupción (Franzé, 2014). Como resultado de este sesgo, la contingencia radical que acecha a todo orden desde su origen se ve oscurecida y toda práctica no institucionalizada tiende a ser vaciada de su carácter político. Lo que implica descuidar el potencial ontogenético específicamente político. En este enfoque, lo político queda habitualmente circunscripto a un ámbito predeterminado de la sociedad, ignorando la politicidad del mismo acto de demarcación de ese ámbito. Lo político queda, por lo tanto, sustancializado. Los actores —sujetos, identidades— políticos también son designados *a priori*, soslayando la politicidad del proceso de subjetivación. De hecho, cabría hablar de una subordinación de la política frente a otras instancias como una característica transversal a este modelo (Franzé, 2014, p. 3), pues el papel que se le otorga siempre es secundario respecto de la naturaleza, la economía o la historia en un grado que excede al simple condicionamiento y que se encuentra más cerca de la lisa y llana determinación.

³ Otros, como Simon Critchley (2004), aún a pesar de su cercanía con el posfundacionalismo, claman por detener el movimiento deconstructivo de este paradigma justo en el momento en que se halla frente a las puertas de lo político en su sentido ontológico. El corolario de esta interrupción es la simple inversión del modelo tradicional, un dar vuelta que conserva —ahora en el polo opuesto— la carga normativa que solía favorecer a la política instituida y hace de la contingencia un paradójico valor positivo.

Creemos que es posible dirigir algunas críticas al posfundacionalismo sin recaer en esa forma esencialista y epifenoménica de pensar la política⁴. Esteban Domínguez (2023) parece proponerse algo como esto. Para este autor, el posfundacionalismo se enfrenta a tres problemas: la estabilización de la política, su unilateralización y la despolitización de lo social. La primera complicación detectada por Domínguez (2023, p. 180) —y en esto sigue tanto a Rinesi (2003, pp. 21-22) como a Biset (2010, p. 176)— surgiría de restringir la equivocidad propia de la palabra *política* mediante la oposición frontal de los dos términos que resultan de su tratamiento diferencial. Domínguez (2023, p. 180) sugiere que la ambigüedad de la palabra *política*, que da cuenta tanto del orden constituido como de un potencial instituyente, quizás no sea una imprecisión que deba ser rectificada; tal vez —propone el autor— la riqueza de ese concepto resida justamente en la tensión que lleva inscripta. La afirmación de la autonomía de lo político que se sigue de atribuirle un estatuto ontológico a esta dimensión conduciría, según Domínguez (2023, p. 180-181), a un segundo problema para el posfundacionalismo. Pensar a la política como dotada de una legalidad propia implica considerar a ese fragmento de lo real (y solo a él) capaz de darse sentido a sí mismo, sin necesidad de recurrir a otras instancias para definirse relacionamente a partir de ellas. Esa dimensión representaría la sola excepción al tratamiento diferencial que las teorías posfundacionales dispensan al resto de las instancias del mundo humano. De ahí que Domínguez —como Biset (2011, p. 33)— advierta contra el riesgo de unilateralización al que se expondrían aquellos desarrollos. Como consecuencia de esta primacía que se le concede a lo político se manifiesta una última complicación, que Domínguez (2023, p. 181-183) identifica como una tendencial despolitización de lo social. Al plantear una relación causal que va del primer término al segundo —afirma—, el posfundacionalismo termina por consagrar la oposición entre uno y otro

⁴ Si estas dos características suenan incompatibles y casi opuestas, es porque refieren a dos momentos lógicos diferentes. Según la mirada que venimos desarrollando, la política es derivada de alguna otra instancia que la precede y, en cuanto tal, existe como un resto de procesos que le son ajenos. Ahora bien, una vez reducida a esa existencia residual, la política se solidifica, sus fronteras devienen rígidas y todo ocurre como si su conflictiva historia hubiera sido borrada y, con ella, las perspectivas de transformación del orden.

que pretendía deconstruir, de forma que la politicidad pasa a ubicarse en un lugar exterior respecto de la sociedad, que por lo tanto es vaciada de esta cualidad.

La crítica de Domínguez comparte mucho con la de Javier Franzé (2014; 2021). También para este último autor la distinción rígida entre la política y lo político tiende a invertir “el dualismo clásico determinista entre lo social y la política, manteniendo los rasgos generales de la relación —una instancia fundadora como causa permanente externa de una instancia fundada—” (Franzé, 2014, p. 10). Y puede añadirse: instancia fundadora ella misma infundamentada, incondicionada, es decir, independiente del orden social vigente, de su estructura económica, de la historia. Esto equivale a esencializar una vez más el concepto de lo político. En muchos textos posfundacionales, argumenta Franzé, las dos lógicas —la propia de lo óntico y la que corresponde a lo ontológico— parecen correr paralelas, permaneciendo por tanto incomunicadas. Lo que conduce a identificar lo político ya no con el orden instituido —a la manera del pensamiento tradicional—, sino con su polo opuesto: el ámbito no-institucional de la subversión, de la ruptura. Un ámbito regido por la lógica del acontecimiento, signado por la temporalidad de la excepción, de lo que irrumpe. La esfera del orden y de lo social aparece, por su parte, anquilosada, estabilizada. Se la piensa habitualmente como el *locus* de una administración más o menos neutral, sistema compacto y homogéneo, sin fisuras internas ni tensiones, que se limita a reproducir siempre lo mismo de forma automática. Toda la creatividad es reservada a lo político en su sentido ontológico. Y en esta operación, advierte Franzé, es frecuente que se cuele en la teoría posfundacional un contenido normativo escasamente tematizado. Sucede que en diferentes textos que suelen enmarcarse dentro del posfundacionalismo —Franzé (2014, p. 6; 2021) menciona algunos de Rancière, de Castoriadis y de Laclau—, el orden instituido es considerado irremediablemente, por sus mismos rasgos formales, como un obstáculo a la emancipación, lugar de la clausura de todos los horizontes de transformación, morada a la que la política no puede ir más que a morir (Franzé, 2021). Mientras tanto, la política no institucional —la única verdadera, desde esta perspectiva— se presenta como “buena”, pues se orienta en todos los casos, por su naturaleza, a subvertir el orden —un orden necesariamente conservador del *statu quo* y, entonces, de las desigualdades

sociales. Lo político, en su excepcionalidad, haría saltar el curso normal de las cosas para poner a la sociedad cara a cara con su contingencia última y, de esa manera, precipitarla a un cambio que probaría ser siempre para mejor.

Sistematizando las dos críticas consideradas, podría decirse que lo que se le objeta al posfundacionalismo son, principalmente, dos cosas. Primero, que tiende a ignorar lo que hay de político en la *reproducción* del orden social, es decir, que tiende a neutralizar el ámbito de la política instituida, invisibilizando tanto sus tensiones internas como el trabajo genuinamente creativo implicado en su funcionamiento. Gesto despolitizador que identifica esta dimensión con la normalidad entendida como la repetición automática de lo mismo y —podría decirse, sin forzar demasiado las cosas— con la necesidad⁵. A la rutinariedad de la administración, el pensamiento posfundacional contrapondría lo político como instancia extraordinaria de apertura a la contingencia, momento en que la historia se suspende y el orden se abisma. Como vimos, esta instancia —tiempo de la fundación, pero también de la ruptura— es frecuentemente privilegiada por los textos posfundacionales en detrimento de la política instituida. De hecho, suele presentarse (explícita o implícitamente) como orientada casi de manera teleológica al Bien: a la emancipación, a la subversión de un orden desigualitario y pernicioso.

La otra cosa que se le objeta al posfundacionalismo es lo que cabría interpretar como un soslayo de la *complejidad* ontológica. Creemos que es a eso a lo que apuntan los autores cuando hablan de una primacía de lo político por sobre el resto de las esferas del mundo humano. Es habitual que en los textos posfundacionales lo político aparezca como una instancia de naturaleza diferente a cualquier otra: una dimensión intermitente, que interviene de tanto en tanto, según la lógica del acontecimiento. Dimensión que frecuentemente parece hacerse presente desde afuera (de la sociedad, de la historia) para imponer su ley, es decir, para fundar la comunidad junto a sus esferas o para subvertirlas. Parecería tratarse, entonces, en muchos casos, de una instancia unilateralmente creadora y absolutamente incondicionada. Las estructuras económicas,

⁵ Un paso que Majul (2018) se atreve a dar en su lectura de Rancière.

las jerarquías sociales y las formaciones culturales preexistentes —en suma: el sentido sedimentado, la historia— no tendrían participación alguna en el milagroso acto de la ontogénesis política. Creemos que es precisamente esa participación que el posfundacionalismo tiende a olvidar la que sobredetermina toda praxis de institución y de ruptura.

Como se ve, ambos problemas —descuido de la politicidad de la reproducción, oscurecimiento de la complejidad ontológica— conducen al esencialismo o, mejor, a una reintroducción del esencialismo por la vía del eclipsamiento de la pregunta por las condiciones no políticas de lo político. Pregunta que permite interrogar a lo político por su historicidad, es decir, por su existencia inmanente. Si resulta algo desconcertante que sea el posfundacionalismo quien se dispone a obturar esta interpelación, es porque aquella corriente, con su movimiento paradigmático, había pretendido justamente deconstruir lo político objetando la existencia de un fundamento último de la comunidad; objetando, entonces la existencia de un principio trascendente, eterno e inmune a revisión que instituye la comunidad desde afuera, de una vez y para siempre. Operación que se completa con la afirmación de que es la propia comunidad quien se da a sí misma su sostén y que es ella también quien debe asumir la tarea de modificarlo cuando crea oportuno. No se trata, por lo tanto, de desmentir la existencia de los fundamentos que sirven de apoyo a lo social, sino de poner en evidencia su carácter contingente, de remarcar la historicidad y la incertidumbre que inevitablemente los atraviesa. Lo que el posfundacionalismo ocluye, en última instancia, con su renuencia a tematizar la reproducción y la complejidad, es lo *inmanente* del trabajo de institución-destitución del orden social. Y esto porque tiende a ignorar lo que hay de concreto y de rutinario en esta labor —labor que no puede tener lugar sino en la historia, esto es, en el reino de lo ordinario, que es “el momento de vida por excelencia” (Majul, 2018, p. 121).

Pero hay otra cosa que el posfundacionalismo, con su doble escamoteo, acaba por soslayar. Recordemos que este paradigma se caracterizó por su voluntad de traer a un primer plano la contingencia que atraviesa a todo orden desde el principio. Desde el principio y hasta el final, esto es, de punta a punta. Lo que quiere decir: en el momento

de su fundación, luego durante su funcionamiento normal y, por último, a la hora de su crisis. Esa otra cosa que el posfundacionalismo ocluye con su renuencia a tematizar la reproducción y la complejidad, son las tensiones que surcan por dentro a la política instituida y a lo político en su sentido ontológico. Tensiones que indican la presencia de una exterioridad, una otredad, en su más propia interioridad y que, justamente por eso, constituyen un obstáculo infranqueable a la fijación plena de la identidad de cada instancia consigo misma. Este estar fuera de sí de la política y de lo político es precisamente aquello de lo que un paradigma que pretende hacer visible la contingencia debería dar cuenta.

En ese sentido, la concepción rígida e indiferenciada de la política instituida y la visión exageradamente autonomista y deshistorizada de lo político implican una resustancialización que acercaría al posfundacionalismo a lo que hemos llamado —siguiendo a Franzé— teoría política tradicional. Podría decirse, entonces, que el posfundacionalismo no ha conseguido agotar del todo su propio proyecto, que no ha extraído todas las consecuencias de aquella operación paradigmática o, al menos, que ha sido algo irregular en esta labor. Frente a esta hipótesis, y convencidos aún del valor de eso que juzgamos el gesto distintivo del posfundacionalismo, intentaremos en lo que sigue plasmar algunas notas que contribuyan a sortear los problemas que identificamos en esa teoría — vale decir: algunas notas que contribuyan a superar lo que todavía hay de pre-posfundacional en el posfundacionalismo. A lo que trataremos de llegar — aunque, en el mejor de los casos, no lograremos más que aproximarnos un poco— es a mostrar que:

la política es el resultado de lo político y por tanto la diferencia entre ambas no es la de creación y repetición, porque aunque la política sea orden cristalizado, participa del rasgo contingente y creativo de lo político, si bien habitualmente se presenta como administración despolitizada. La política no es el fin de la producción de sentido, y toda producción es en algún grado innovación. (Franzé, 2014, p. 5).

Lo que equivale a complicar en cierta medida la distinción entre la política y lo político y, a su vez, la relación entre estos dos polos y las otras instancias de la vida social (la economía, la cultura, etc.). Equivale, al mismo tiempo, a señalar la auténtica complejidad y la rutinariedad que caracterizan al proceso de reproducción del orden y a marcar la heteronomía que atraviesa no solo a ese proceso, sino también a la praxis instituyente-destituyente. Tarea para la cual recurriremos a Pierre Bourdieu, autor que se dedicó largamente a pensar estas cuestiones bajo el amparo de una disciplina —la sociología— que se ha preocupado por ellas desde su origen.

El aporte de Pierre Bourdieu

Como anticipamos, el objetivo de este trabajo no es simplemente reponer la sociología de Bourdieu, ni tampoco reconstruir cierta teoría política diseminada en su obra⁶. Antes bien, la propuesta es utilizar algunas intuiciones bourdieusianas como insumo para pensar posibles salidas a los problemas que identificamos en el posfundacionalismo. Para ello hará falta, no obstante, presentar varias de las categorías más importantes de las que el autor se vale para pensar lo social y lo político, ya que es con esos conceptos que aborda la cuestión de la reproducción, y es también a partir de ellos que tematiza la heteronomía —o, en su jerga, el asunto de la autonomía relativa. Pero, tal como comentamos respecto del *corpus* posfundacional, los conceptos elaborados por Bourdieu (como, en alguna medida, los de cualquier otro autor) están habitados por tensiones: su formulación varía de un escrito a otro, e incluso al interior de un mismo texto. Sin embargo, si pretendiéramos dar cuenta de todos esos matices, lo que viene a continuación se transformaría en un ejercicio de bourdieulogía y resultaría imposible poner esas categorías —herramientas teóricas al fin— en uso para nuestro propósito. De forma que la tarea de reponer conceptos —los de Bourdieu, en este caso— reclama un esfuerzo de estabilización, una selección, de la que trataremos de dejar constancia.

⁶ Cosas como estas se han intentado en múltiples ocasiones. Para una lectura de la obra bourdieusiana en los términos de una “vasta teoría de la dominación”, cuya “preocupación central” (p. 293) es lo político, ver E. Gambarotta (2016).

Partiremos del modelo sociológico que Bourdieu elabora en *La nobleza de estado. Educación de élite y espíritu de cuerpo* (1996). Nos referimos a esa “estructura quiasmática” (1996, p. 270) que describe allí. Estructura que supone un determinado modo de relación entre los diferentes ámbitos sociales que no encontramos plasmado de la misma manera en todos los textos de Bourdieu. Lo que implica también asignarle cierto lugar y cierta función al campo político y al Estado que no son completamente consistentes con los que Bourdieu les otorga en otras partes. Realizaremos, por lo tanto, una lectura paradigmática. Tomando este modelo como referencia, se volverá sobre los demás trabajos del autor, de los que incorporaremos únicamente aquellas elaboraciones que no contradigan a las contenidas en *La nobleza de Estado*. Por ejemplo, se considerarán algunos pasajes de la compilación de escritos intitulada *El campo político* (2001a) que se ajustan al modelo desarrollado en *La nobleza de Estado*, pero se dejarán de lado otros pasajes de la misma fuente que, desde nuestro punto de vista, cultivan otra lectura⁷. Para reconstruir la noción general de campo y los términos que la rodean, que varían menos a lo largo de la obra de Bourdieu, la selección de referencias va a ser más ecléctica, incluyendo fragmentos de *Una invitación a la sociología reflexiva* (2004), *Sociología y cultura* (1990) y otros escritos. En cuanto al concepto de *habitus*, nos quedaremos con la definición canónica que Bourdieu brinda en *El sentido práctico* (2007).

Podemos comenzar diciendo, entonces, que Bourdieu parte de bosquejar un modelo topográfico de la sociedad. De acuerdo con este modelo, la sociedad estaría conformada por múltiples microcosmos semiautónomos que surgen de respectivos procesos de diferenciación a lo largo de la modernidad. La determinación de su perímetro es un asunto empírico (Baranger, 2012, p. 56). Cada uno de estos campos es una red de relaciones objetivas entre posiciones ocupadas por agentes que se distribuyen en ellas según el volumen y la estructura del capital (poder) que poseen en un momento determinado. Aquellos que acumulan un mayor patrimonio global se ubican en el sector

⁷ Lo mismo vale para los famosos cursos sobre el Estado (Bourdieu, 2012). Para una revisión analítica de las principales tesis reflejadas en esos cursos, ver J. Capdevielle y P. Aniceto (2022).

dominante dentro de cada campo, en el seno de cada cual se libra una permanente lucha simbólica por el monopolio de los medios de nominación legítimos, esto es, por la capacidad de imponer determinados principios de visión y división internos, que a su vez condicionan reflexivamente la percepción y la acción de los propios agentes que los establecen (Bourdieu y Wacquant, 2005). Según Bourdieu, para que un campo funcione es necesario que sus miembros reconozcan eso que está en disputa (consciente o inconscientemente) y que no pongan en tela de juicio los fundamentos del juego. Si se conserva esta *illusio*, si los agentes tienden a respetar la lógica propia de cada campo, es porque en ellos opera un *habitus*, un sistema incorporado de:

disposiciones duraderas y transferibles, estructuras estructuradas predispuestas a funcionar como estructuras estructurantes, es decir, como principios generadores y organizadores de prácticas y de representaciones que pueden ser objetivamente adaptadas a su meta sin suponer el propósito consciente de ciertos fines ni el dominio expreso de las operaciones necesarias para alcanzarlos. (Bourdieu, 2007, p. 86).

Un *habitus* es el resultado de la acción de quienes integran un campo; no es otra cosa que un conjunto ordenado de disposiciones socialmente construidas con una alta probabilidad de redundar en tomas de posición efectivas. Y es precisamente en virtud de la regularidad con que esa actualización se produce que el *habitus* adquiere cierta consistencia que le confiere una aparente exterioridad respecto de los sujetos que lo hacen existir, y es también gracias a eso que cobra un aspecto de inevitabilidad, de ley natural. Al encontrarse frecuentemente con los efectos de esos esquemas sociales en su praxis cotidiana, los agentes tienden a ver esas estructuras como eternas e inmutables y, haciendo coincidir la realidad con su percepción de ella, tienden a realizar la eficacia del *habitus*. En el mismo movimiento, borran las huellas de su imposición, olvidan su origen socio-histórico y, entonces, legitiman los principios de visión y división instituidos. En suma: reproducen las relaciones de poder vigentes.

Podría decirse que *habitus* y campo refieren a lo mismo, aunque considerado

desde dos ángulos distintos: “el *habitus* es la internalización o incorporación de las estructuras sociales, mientras que el campo es la exteriorización u objetivación” (Vandenberghe, 1999, p. 49) de aquel. Algo muy similar ocurre con el capital, recurso que permite movilizar en la práctica el poder ligado a cierta posición en la estructura social. El capital es la materia que, distribuida irregularmente en el espacio, configura el relieve de los diversos campos. Bourdieu (2001b, pp. 131-164) sostiene que en cada campo se pone en juego una divisa específica que solo tiene valor dentro de sus límites, pero que existen a su vez dos tipos de patrimonio estimados en casi cualquier región del espacio social: son el capital económico y el capital cultural, que pueden ser apropiados bajo diferentes formas. El primero se materializa en dinero y otros objetos transables, institucionalizándose por intermedio de derechos de propiedad; en tanto que el segundo se objetiva en obras de arte y otros bienes culturales, es incorporado como *gusto* (o disposición a ciertos modos de pensar y de actuar) y es revestido de un carácter oficial a través de títulos académicos. Solo cuando se reconoce la validez de estas posesiones es que se configuran como capital simbólico. Los agentes que poseen las reservas más copiosas de capital se posicionan en la parte superior de cada universo social, constituyéndose en grupos dominantes.

Para Bourdieu (2001b, pp. 131-164), cada tipo de capital puede ser reconvertido a su equivalente en otra forma, siempre que se asuma el costo del canje (por ejemplo, el dinero puede ser transado por saberes en el mercado educativo, y puede hacerse lo inverso en el mercado laboral). El patrimonio en sus distintas modalidades también puede ser transmitido de una generación a otra según complejos mecanismos de sucesión. Mecanismos que operan desde la más temprana infancia de un individuo y en los ámbitos más diversos: primero en la familia y en la escuela, luego en el trabajo y en muchas otras partes. Se trata de formas de aprendizaje subrepticias que promueven la transmisión hereditaria de todo un conjunto de marcos interpretativos, de pequeños gestos y actitudes legítimas que no suelen figurar en las currículas, pero que cumplen un rol fundamental en la reproducción del orden social en toda su complejidad⁸.

⁸ Para una sofisticada fenomenología del proceso por el cual esto ocurre, ver Bourdieu (2016).

Estas dos maneras de transferir el capital entre campos y entre personas tienden a garantizar la continuidad en el tiempo de cierta distribución (desigual) de los recursos y, por lo tanto, de un estado particular de las relaciones de fuerza que componen el espacio social. Por eso, el concepto de capital es indisociable del de campo y tampoco puede desligarse de la noción de poder (Bourdieu y Wacquant, 2005, p. 150). En ese sentido, Bourdieu afirma que las relaciones entre los grupos sociales que en un momento dado acumulan los mayores patrimonios globales —es decir, los sectores dominantes— dan lugar a un campo del poder,

arena donde los detentadores de los varios tipos de capital compiten por determinar cuál de ellos prevalecerá. En juego en estas luchas entre los dominantes (a menudo confundidas con confrontaciones entre clases que mandan y clases subalternas) se encuentra el valor relativo y la potencia de tipos de capital rivales.⁹ (Wacquant, 1996, p. 11).

Consolidado a lo largo de la modernidad gracias a la división progresiva del trabajo de dominación, el campo del poder es el espacio en el que las capas más acaudaladas a través de los múltiples microcosmos sociales se disputan el “poder sobre las diferentes formas de poder o el capital que concede poder sobre el capital” (Bourdieu, 1996, p. 265). Allí se definen las tasas de cambio entre divisas y se tiende a asegurar la homología entre los principios de visión y división que imperan al interior de cada campo particular, lo que explica la relativa consistencia en el sentido de muchos términos al cruzar de un mundo social a otro (también explica su relativa consistencia a lo largo del tiempo). Este meta-campo:

está organizado según una estructura quiasmática. La distribución de acuerdo al principio de jerarquización dominante —capital económico— está, como si fuera, ‘intersecada’ por la distribución basada en un segundo principio de

⁹ Esta traducción y todas las que le siguen son nuestras.

jerarquización —capital cultural— en la cual los diferentes campos se alinean según una jerarquía inversa, esto es, desde el campo artístico hasta el campo económico. (Bourdieu, 1996, p. 270).

Al momento en que Bourdieu lleva a cabo su investigación, el campo político se ubicaría en algún punto intermedio dentro de esa escala. Este campo, afirma Bourdieu (2005; 2001a, p. 12), nace y se autonomiza progresivamente gracias a una gradual apropiación de diferentes tipos de capital por parte de un grupo de proto-políticos cada vez más profesionales, entre los que destacan los juristas¹⁰. El universo social que se diferencia a partir de esa acumulación está organizado en torno a la lucha que libran sus integrantes por el poder sobre el Estado o, lo que es lo mismo, por el monopolio de los medios de nominación al interior del campo político. Los agentes que participan de este juego, precisamente porque reconocen (generalmente sin saberlo) el valor del botín, respetan sus reglas, esto es, tienden a percibir el mundo y a actuar según los principios hegemónicos dentro del campo, incorporados como *habitus*. De ahí tantas costumbres compartidas entre políticos profesionales, aun a pesar de sus diferencias ideológicas: maneras de dirigirse a su electorado, formas de vestir, estrategias, etc.

El capital político simboliza el grado en que un agente o grupo de agentes tuvieron éxito en la conquista del aparato estatal (a saber, es función de la cantidad y el tipo de cargos que lograron ocupar en la administración), lo que se relaciona muy de cerca con el nivel de apoyo que el público les endosa a sus representantes por medio de la opinión y del voto. Pero el capital político también es un crédito: es el poder — virtual, aunque con altas probabilidades de hacerse efectivo— de movilizar grupos sociales a partir de ideas-fuerza (Bourdieu, 2001a, p. 19). La competencia entre los profesionales por aquel recurso explica las diversas estrategias que despliegan para granjearse un apoyo más amplio. El corolario de ese juego es una cierta homología entre

¹⁰ “Hay cierto número de agentes sociales —entre ellos los juristas— que han desempeñado un papel prominente [en la génesis del campo político], en particular los titulares de ese capital de recursos organizativos que era el derecho romano. Estos agentes han construido poco a poco eso que llamamos el Estado” (Bourdieu, 2012, pp. 57-58).

las posiciones de los actores políticos dentro del campo y las de sus adeptos en el espacio social, siendo que las fuerzas mayoritarias al interior del Estado son las que gozan de bases sociales más numerosas. De modo que tiende a producirse un ajuste entre los objetivos de los profesionales y los fines de los profanos, en tanto los primeros, buscando profundizar su dominio sobre el gobierno, necesitan del apoyo de los segundos y, por ese motivo, tienden a bregar por sus intereses. Este es, para Bourdieu, el secreto de la representación.

Con su concepto de campo político Bourdieu “pretende incorporar la idea fundamental de la sociología política, a saber, que los actores políticos representan intereses sociales y con mucha frecuencia intereses de clase que tienen su origen en la esfera económica” (Eyal, 2005, p. 180); pero, simultáneamente, intenta tener presente

que las ideologías políticas no son un mero reflejo de las bases sociales de la acción política y ejercen un efecto independiente, y II) que en la era de los partidos ‘que lo abarcan todo’, el juego político ha adquirido una autonomía relativa frente a los determinantes ideológicos o sociales. (Eyal, 2005, pp. 180-181).

Si bien el campo político tiene su propia lógica que es irreductible a cualquier otra, también es cierto que esta arena de combates se encuentra inserta en el espacio social y que sus capas dominantes se ubican en el campo del poder. En ese sentido, el campo político no puede evitar verse condicionado por la distribución del capital económico y del capital cultural que atraviesa el macrocosmos social. De ahí que las afinidades políticas del público y, por consiguiente, la estructura del campo político, solo puedan explicarse parcialmente atendiendo a “las luchas estrictamente políticas cuyo botín es el poder sobre el Estado” (Bourdieu, 1996, p. 388). Para comprender las tomas de posición políticas (lo mismo que las artísticas, jurídicas, científicas, etc.) es necesario considerar, a su vez, la situación de un agente o de un grupo de agentes en el espacio social: así como esa ubicación predispone a ciertos consumos o a ciertas creencias, también hace probables unas inclinaciones políticas específicas.

Si el estado de la asignación del capital económico y el capital cultural —o sea,

la topografía del campo del poder— incide en la configuración del campo político, puede decirse, invirtiendo el argumento, que los conflictos políticos, al mismo tiempo que definen el reparto del aparato estatal, se disputan el control sobre “las reglas y los procedimientos que contribuyen a determinar las relaciones de poder dentro del campo del poder” (Bourdieu, 1996, p. 388). Por eso podría decirse, siguiendo a Bourdieu, que el radio de influencia del Estado desborda las fronteras del campo político. Aunque la peculiaridad del poder estatal no sería tanto el efectuar ese desborde (indirectamente, a través de la acción sobre el campo del poder, todo capital ejerce una influencia que rebasa los límites de su ámbito específico), sino la medida en que lo hace, que depende de la posición relativa del campo político en el campo del poder y que, por lo tanto, puede variar —y ha variado— en el tiempo. En ese sentido, cuando Bourdieu lleva a cabo su investigación, el Estado francés es más determinante que, por ejemplo, las instituciones del campo artístico y, en cambio, lo es menos que la economía.

La inmanencia: reproducción y complejidad

Desde la perspectiva de Bourdieu, la palabra *política* encierra múltiples sentidos: refiere al mismo tiempo a cosas como la administración del Estado, los mecanismos de representación, los procedimientos burocráticos, las tomas de posición ideológicas, las formas de contestación y la movilización pública. Es en virtud de esa polisemia que, al pensar la política, Bourdieu piensa tanto la reproducción del orden como las posibilidades de transformarlo parcialmente desde adentro, lo que requeriría para él múltiples desplazamientos (grandes, pequeños) a través de distintos campos. Esto porque, para lograr imponer determinados principios de visión y división sobre el espacio social en su conjunto, es necesario asegurarse algún grado de control sobre los medios de producción simbólica al interior de cada campo particular. A pesar de que cada capital específico tenga un valor diferente y de que, por eso, el patrimonio acumulado en cada campo signifique una cantidad de poder distinta según el caso, la pluralidad de luchas parciales que hace al enfrentamiento por el dominio simbólico

general da cuenta de un reparto de la facultad ontogenética entre múltiples instancias. Las disputas en el campo económico y en el artístico, así como en el campo político, contribuyen, aunque en distinta medida, a imponer ciertos esquemas de percepción e interpretación del mundo. En el contexto en que Bourdieu lleva a cabo su investigación, un cambio en la estructura del campo económico tendría más efecto en la distribución del poder —es decir, de la capacidad de hacer ver y hacer creer— que una reforma política o que un cambio de régimen, los cuales, a su vez, tendrían más influencia en aquel reparto que, por ejemplo, una transformación del gusto artístico. En suma, se sigue del planteo de Bourdieu que el potencial ontogenético no es exclusivo de la política, sino que está repartido (asimétricamente) entre los muchos campos sociales.

Al fin y al cabo, los sujetos que en su praxis cotidiana producen y reproducen los modos legítimos de ver, actuar y sentir viven siempre en más de un campo. Están sujetos a más de un campo y a más de un *habitus*. Esto vale también para quienes hacen política: individuos que ocupan cierta posición económica, que exhiben determinados consumos culturales. Al actuar en el campo político, estos individuos cargan con las tendencias que la estructura y el volumen global de su capital disponen. No pueden deshacerse de ellas, y estas no cesan de torcer su trayectoria, de influir en su manera de pensar, de sentir y de obrar. Lo que no implica una reproducción ciega —lo comentamos. Sí supone, en cambio, un fuerte condicionamiento, que no es otro que el condicionamiento de la historia, de lo social sedimentado. El campo político, al igual que los sujetos que lo hacen existir a través de su accionar, está inserto en la sociedad y en la historia. Nada de lo que allí tiene lugar es independiente del orden social vigente, ni de su evolución en el tiempo; sencillamente porque el estado de las relaciones de fuerzas en un momento determinado, a la manera del *habitus*, obtura el universo de los posibles (sin jamás clausurarlo). Las cosas, por lo tanto, tienden a reproducirse. Pero esa reproducción no es en absoluto automática, no es el resultado de una necesidad. Antes bien, son los mismos agentes quienes, día a día, en sus grandes acciones, pero también en sus más pequeños gestos, tienden a reconstruir cada vez, generalmente sin saberlo, los enclasmientos que los estratifican, los campos que los organizan, los *habitus* que regulan sus prácticas: en fin, el orden social en el que viven. Y no es por

otros medios que transforman esa realidad.

En efecto, la subversión de lo instituido no adviene desde afuera de la sociedad, como un rayo o una intervención divina. Tampoco llega desde afuera de la historia. Aún más, convendría dudar de la posibilidad de romper de un momento a otro con lo instituido, como si se tratara de un bloque homogéneo. La idea, así planteada, remite a viejas escatologías y a fantasías emancipatorias hace tiempo deconstruidas. No se trata tanto de una interrupción —del tiempo, del curso de los acontecimientos, del orden—, cosa imposible, como de un cúmulo de micro-desplazamientos en diversos puntos del espacio social. Y si se trata apenas de micro-desplazamientos, es porque cualquier movimiento necesariamente se apoya en y cobra impulso desde el suelo, que está compuesto por capas y capas de historia sedimentada, terreno viscoso que no deja de retener a los sujetos en sus posiciones. Las trasformaciones siempre ocurren a partir y a pesar de lo social sedimentado, esto es, siempre se articulan de forma más o menos contradictoria con el orden social imperante al momento de su arribo. Lo que, en cambio, jamás puede ser propio de las transformaciones sociales es el ser completamente extrañas al campo sobre el que acontecen y a la misma sustancia con la que operan. De nuevo, son los agentes quienes, desafiando inconscientemente la tiranía del *habitus*, introducen algunas modificaciones en su obrar y producen toda una serie de desfasajes en distintos ámbitos, en distintos campos. Desfasajes que alteran en alguna medida las estructuras sociales y los principios de visión y división predominantes, es decir, la ontología vigente en un momento dado. La alteran y, para ello, la presuponen. En esta constatación seguimos de cerca el planteo de Javier Franzé, para quien:

cabe afirmar que la distinción trazada entre lo político y la política no puede ser más que analítica, pues no hay vacío posible desde el que fundar, ya que sedimento e innovación se implican mutuamente. (...) Ambas instancias no se interrelacionan cumpliendo cada una un único rol (creación-ruptura para lo político, reproducción de lo mismo para la política) y por tanto chocando frontalmente entre sí como extrañas, sino que ambas participan de la novedad y

a la vez de lo dado: la política porque busca reproducir un sentido cristalizado, pero para hacerlo necesita adaptarse a una realidad que, como la de la política en tanto que filosofía práctica, es siempre fluida y por tanto, incontrolable para el propio propósito de la reproducción; y lo político porque busca quebrar un sentido cristalizado hegemónico, pero sólo puede hacerlo en el contexto de ese mismo sentido sedimentado, pues incluso la ruptura implica relación y, así, continuidad con lo trastocado. (2014, p. 11).

Se ve que, así como no hay reproducción perfecta —es decir, puramente repetitiva—, tampoco hay ruptura absoluta. Creemos que esta es una de las cosas más importantes que Bourdieu permite pensar: la complejidad del vínculo entre conservación y cambio social; y, a la vez, la complejidad de cada uno de esos procesos tomados por separado. Esto último porque sus trabajos se ocupan de resaltar lo heterogéneo de las instancias que participan tanto de la reproducción de lo instituido como de su eventual transformación, es decir, porque ponen de relieve las múltiples y frecuentemente conflictivas determinaciones que operan en esos dos procesos (de forma simultánea y también sucesiva, siguiendo una pauta recursiva o de reenvíos continuos). Como desarrollamos más arriba, diversos campos —o, mejor, múltiples agentes que integran diversos campos— intervienen en la reproducción y en la subversión de las relaciones de poder. Tareas ambas que se realizan permanentemente en el campo económico, en el educativo, en el cultural, etc. según una asignación de las cargas y de las competencias que —lo comentamos— es un producto histórico. Las acciones que tienen lugar en el campo político juegan sin duda un papel, pero lo que hemos intentado marcar es precisamente que no se trata de un rol “unipersonal”, tampoco se trata *siempre* de un rol protagónico —al menos, no es este el caso para el contexto en que Bourdieu conduce su investigación. Pero, incluso si en cierto contexto la influencia del campo político fuera superior a la de todos los demás campos, su autonomía respecto de ellos no dejaría de ser relativa desde el punto de vista de Bourdieu. Siempre se encontraría condicionada —por la economía, por la historia, por la cultura, etc.—, atravesada por una heteronomía de la cual jamás podrá desembarazarse por completo.

Un mapa

Este trabajo comenzó por constatar cierta crisis que hoy padece la teoría política posfundacional. Acudimos a dos críticos del posfundacionalismo —Esteban Domínguez y Javier Franzé— en busca de los principales detonantes de aquella crisis. Si recurrimos a ellos fue, en primer lugar, porque sus cuestionamientos logran condensar con gran destreza muchas críticas preexistentes (las de Biset, las de Rinesi, etc.), por lo que sus trabajos, en su aparente singularidad, cargan con la potencia de una multitud. La segunda razón que nos llevó a elegir a estos dos autores es que ambos parecen guardar cierta lealtad a eso que consideramos el gesto distintivo del movimiento posfundacional. Gesto que, según desarrollamos, consistiría en traer a un primer plano la contingencia que es al mismo tiempo condición de posibilidad y de imposibilidad última de todo orden político; traer a un primer plano, por lo tanto, la apertura irreparable con la cual toda comunidad debe convivir desde su origen. Como vimos, es precisamente a causa de su fidelidad para con esta operación tan productiva que Domínguez y Franzé cuestionan algunos devenires del posfundacionalismo. Pues lo que les objetan no es sino el haber reintroducido de contrabando cierto esencialismo en su tematización de lo político. Y esto —dijimos, sistematizando sus planteos— de dos maneras: por un lado, soslayando lo que hay de político en la reproducción del orden normal, es decir, oscureciendo lo que hay de conflictivo y de incierto, pero también de original y creativo, en ese proceso. Por otro lado, sostuvimos que el posfundacionalismo re-sustancializa lo político en tanto praxis instituyente-destituyente mediante el eclipsamiento de la pregunta por sus condiciones no políticas. Eclipsamiento, entonces, de los condicionantes históricos —sociales, económicos, culturales, etc.— que sobredeterminan el acto de fundación del orden, así como la subversión del mismo. Lo que se ocluye, en última instancia, con ambos movimientos, son las tensiones que surcan por dentro a la política instituida y a lo político en su sentido ontológico. Tensiones que dan cuenta de la presencia de una exterioridad, una otredad, en su más propia interioridad y que, justamente por eso, constituyen un

obstáculo infranqueable a la fijación plena de la identidad de cada instancia consigo misma. Pero, a la vez, lo que el posfundacionalismo ocluye con su reticencia a tematizar la reproducción y la complejidad, es lo inmanente del trabajo de institución-destitución del orden. Y esto porque tiende a ignorar lo que hay de concreto y de rutinario en esta labor —labor que no puede tener lugar sino en la historia.

Con este diagnóstico —y todavía siguiendo de algún modo a Domínguez y a Franzé—, nos atrevimos a plantear que el posfundacionalismo ha tendido en muchos casos a desarrollar unas extrañas semejanzas con la teoría política tradicional que buscaba deconstruir. Semejanzas que —argumentamos— lo llevaron por momentos a recaer en un terreno que cabría denominar positivista. Frente a esto, lejos de renunciar a nuestro compromiso con aquella operación original del posfundacionalismo, nos propusimos buscar en la teoría social algunas enseñanzas que nos permitieran profundizarla aún más, a modo de hacerla alcanzar esos dominios que, como señalamos, habían escapado al tratamiento deconstructivo. Es en ese sentido que incorporamos algunas intuiciones de Pierre Bourdieu, pensador que, a su manera, se ha dedicado largamente a estudiar las múltiples y heterogéneas instancias que intervienen tanto en la producción como en la reproducción del orden social. De ahí —creemos— el valor de su aporte para enfrentar los problemas que identificamos en el posfundacionalismo.

Partiendo de esa convicción, entonces, repusimos brevemente varios de los conceptos más importantes de la sociología bourdieusiana: campo, capital, *habitus* y otros. Reconstruimos sucintamente, también, parte de las consecuencias que Bourdieu extrae de la aplicación de esas categorías al análisis de lo social. Luego tratamos de utilizar la perspectiva bourdieusiana para esclarecer esos aspectos soslayados por la teoría posfundacional. Esto nos condujo a pensar la política como un campo construido históricamente e inserto en el espacio social, microcosmos donde se libra una lucha permanente por el control de unos poderosos medios de producción y reproducción del sentido legítimo. Lo que lleva a complicar —aunque no a suprimir— la distinción entre la política como administración y lo político como creación-destrucción, pues, como dijimos, en el campo político tienen lugar a la vez procesos orientados a transformar y a conservar la ontología dominante (eso que Bourdieu llama principios de visión y

división). Y tienen lugar de forma inmanente, es decir, en la forma de complejas tramas de acciones concretas realizadas por unos agentes que viven en el orden social que ellos mismos producen y reproducen a cada momento con su obrar. Agentes, entonces, que viven en la historia, que cargan con el peso de lo social sedimentado. Cuando recrean el orden, pero también cuando lo subvierten, y aún luego, cuando se abocan a refundarlo. Creemos que es esto lo que el concepto de *habitus* permite ver: la influencia de la historia cristalizada no solo en la reproducción del orden, sino también en su institución-destitución. Y hay otra cosa que, para Bourdieu —según vimos—, es propia de los agentes sociales: el vivir y actuar siempre en varios campos; por lo tanto: el estar siempre condicionados en su praxis diaria por varias lógicas heterogéneas. Por eso, desde el punto de vista de Bourdieu, la facultad ontogenética a no es exclusiva de lo político, sino que está distribuida entre los diversos campos. Todos participan del complejo proceso por el que se instauran y se transforman los principios de visión y división predominantes, aunque no todos lo hagan en la misma medida. La asignación exacta de las cargas y de las atribuciones —como apuntamos— se dirime en cada contexto específico, por lo que varía geográfica e históricamente. Si esto fuera cierto, entonces el campo político no podría gozar de una autonomía más que relativa. Lo que quiere decir que estaría irremediabilmente atravesado por una heteronomía que no deja de sobredeterminar su funcionamiento.

El anterior desarrollo mostraría —al menos fue esto lo que intentamos sugerir— que la sociología bourdieusiana cuenta con algunos instrumentos capaces de hacer visibles a lo mínimo dos cosas. La primera: el carácter inmanente del trabajo de producción-transformación de los fundamentos comunitarios. La segunda: la exterioridad que habita en el seno mismo de la política instituida y de lo político en su sentido ontológico. Por todo lo expuesto, consideramos que el aporte de Bourdieu ofrece una vía posible para llevar más lejos la operación original del posfundacionalismo sin tropezar con esos obstáculos que tienden a redirigir aquel singular impulso hacia una nueva forma de esencialismo. Hasta aquí el camino recorrido en este trabajo. Futuras indagaciones podrían continuar adentrándose en él, revisando en más detalle lo que Bourdieu puede aportar a un posfundacionalismo

decidido a llevar a fondo su premisa básica. Un camino diferente (pero que podría acabar por fundirse con el anterior) consistiría en estudiar los múltiples modos concretos en que la política y las demás instancias del mundo social (la economía, la cultura, etc.) se condicionan mutuamente. Para esta alternativa podría prescindirse del aporte de Bourdieu, aunque su contemplación —creemos— demostraría ser muy valiosa. Hay una tercera vía de indagación que nos permitimos anunciar casi al comienzo de este trabajo, cuando hablamos de las tensiones que recorren al paradigma posfundacional. Nos referimos a la exploración de esos elementos subordinados en la economía conceptual de algunos de los textos pertenecientes al *corpus* posfundacional que ya insinúan una deconstrucción más profunda de lo político y que, por lo tanto, pueden devenir herramientas adecuadas para emprender esa deconstrucción desde un ángulo diferente al proyectado aquí. Pero esta pequeña hoja de ruta dista de ser exhaustiva. Los caminos —los ya diagramados y los que todavía esperan su cartógrafo— están abiertos.

Referencias bibliográficas

- Baranger, Denis (2012). *Epistemología y metodología en la obra de Pierre Bourdieu*. Denis Baranger. [Ed. electrónica].
- Biset, Emmanuel (2010). Contra la diferencia política. *Pensamiento Plural*, (7), pp. 173-202.
- Biset, Emmanuel (2011). Ontología de la diferencia. En E. Biset y R. Farrán (comps.), *Ontologías políticas*. Imago Mundi.
- Bourdieu, Pierre (1990). *Sociología y cultura*. (Martha Pou, Trad.). Grijalbo.
- Bourdieu, Pierre (1996). *The State Nobility. Elite Schools in the Field of Power*. (Lauretta C. Clough, Trad.). Stanford University Press.
- Bourdieu, Pierre (2001a). *El campo político*. (Noemí Larrazabal & Emmanuel Capdepon, Trad.). Plural Editores.
- Bourdieu, Pierre (2001b). *Poder, derecho y clases sociales*. (A. García Inda, Trad.). Descleé.
- Bourdieu, Pierre (2007). *El sentido práctico*. (Ariel Dilon, Trad.). Siglo XXI editores.
- Bourdieu, Pierre (2012). *Sobre el Estado: cursos en el Collège de France (1989-1992)*. (Pilar González Rodríguez, Trad.). Anagrama.
- Bourdieu, Pierre (2016). *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*. (M. del Carmen Ruiz de Elvira, Trad.). Taurus.
- Bourdieu, Pierre (2005). De la casa del rey a la razón de Estado. Un modelo de la

- génesis del campo burocrático. En L. Wacquant (Comp.), *El misterio del ministerio. Pierre Bourdieu y la política democrática* (pp. 43-70). (Ángela Ackermann, Trad.). Gedisa.
- Bourdieu, Pierre y Wacquant, Loïc (2005). *Una invitación a la sociología reflexiva*. (Ariel Dillon, Trad.). Siglo XXI Editores.
- Capdevielle, Julieta & Aniceto, Paulo Damián (2022). La sociología de Estado en Pierre Bourdieu: una revisión analítica. *Política y Sociedad*, 59 (3), pp. 1-13.
- Critchley, Simon (2004). Is There a Normative Deficit in the Theory of Hegemony? En S. Critchley y O. Marchart (Comps.), *Laclau. A Critical Reader* (pp. 113-122). Routledge.
- Domínguez, Esteban (2023). La disposición triangular de la constelación política. Notas para una exploración. *El Banquete de los Dioses*, (12), pp. 168-202.
- Eyal, Gil (2005). La construcción y la destrucción del campo político checoslovaco. En L. Wacquant (Comps.), *El misterio del ministerio. Pierre Bourdieu y la política democrática* (pp. 179-208). (Ángela Ackermann, Trad.). Gedisa.
- Franzé, Javier (2014). La política: ¿administración o creación? En J. Franzé (Comp.), *Democracia: ¿consenso o conflicto? Agonismo y teoría deliberativa en la política contemporánea* (pp. 15-41). Libros de la Catarata.
- Franzé, Javier (2021). Un hogar para la (muerte de la) política: el institucionalismo en Laclau. *Andamios*, 18 (46), pp. 19-45.
- Gambarotta, Emiliano (2016). *Bourdieu y lo político*. Prometeo.
- Laclau, Ernesto (2000). *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*. Nueva Visión.
- Majul Conte Grand, Octavio (2018). Entre las bestias y los dioses: naturaleza y artificio en Jacques Rancière y Leo Strauss. *Nuevo Itinerario*, (13), pp. 119-143.
- Marchart, Oliver (2009). *El pensamiento político posfundacional. La diferencia política en Nancy, Lefort, Badiou y Laclau*. (Marta Delfina Álvarez, Trad.). Fondo de Cultura Económica.
- Rinesi, Eduardo (2003). *Política y tragedia. Hamlet, entre Hobbes y Maquiavelo*. Colihue.
- Vandenberghe, Frédéric (1999). "The Real is Relational": An Epistemological Analysis of Pierre Bourdieu's Generative Structuralism. *Sociological Theory*, 17 (1), pp. 32-67.
- Wacquant, Loïc (1996). Prólogo a P. Bourdieu, *The State Nobility. Elite Schools in the Field of Power*. (Lauretta C. Clough, Trad.). Stanford University Press.